

El flautista indignado

Por Andrés Silva Haro

Los arboles no dejan ver el bosque. Mil árboles en llamas no son mil casos aislados, sino el enorme incendio de un gran bosque. Un bosque mundial.

Las protestas globalizadas no son episodios aislados sino el síntoma de una revolución mayor. Un movimiento prenunciado desde las bases mismas de sus promotores.

Los Indignados, ¿salvavidas de la revolución?

Declarado - sin aviso - el fin de la guerra fría, se impuso el discurso del supuesto fin del comunismo y el triunfo del liberalismo económico. Con esta idea se levantaron nuevos ejércitos en reemplazo del Ejército Rojo uniformado. Se compuso de intelectuales, periodistas, opinólogos, artistas y movimientos culturales. Todo lo que pudiese influir en la población y crear opinión pública, se puso al servicio de la “**revolución inconclusa**”.

Bajo esta nueva forma de guerra, se impuso un discurso global anticapitalista, que reconocía la superioridad técnica del capitalismo en producir bienestar pero que “precisa” la “corrección” del socialismo. Como si la autoridad técnica estuviese en el liberalismo económico y la autoridad moral estuviese en el socialismo.

Pero las cosas son más complejas que el discurso del pensamiento único que impuso la izquierda, contra el cual no se puede marchar, declarar ni protestar.

Sin explicaciones

Hacia fines de los años '80 el comunismo no pudo ocultar más lo que a ojos de Occidente era su colosal fracaso. Para la mirada de los socialistas, el estado en que se encontraban los pueblos sometidos, no era más que el cumplimiento sistemático de su programa revolucionario. Entonces optaron por desmantelarlo todo, cambiando las formas y conservando el fondo.

En algunos países el cambio fue sólo cosmético. Un nuevo nombre para el partido, para la dictadura o algunas reformas que tranquilizaran a los periodistas occidentales. Asia Central, África, Asia o América Latina conservaron los mismos personajes o familias en el poder, los mismos regímenes y métodos.

El mesianismo socialista no estaba para dar explicaciones. ¿Podrían defender los derechos de los trabajadores cuando se hacía cada vez más insostenible el brutal aparataje de represión a huelgas por las inhumanas condiciones laborales bajo el socialismo que llegan a verdadera esclavitud? ¿Podía el socialismo dar explicaciones por las hambrunas inauditas a las que sometió a extensas zonas de la tierra, una hambruna intencional y consentida, sólo para someter a quienes se rebelaban a su dictadura? Hambrunas que dieron - y aun dan - muerte a más de 50 millones de personas en países como Angola, Camboya, China, Corea del Norte, Etiopía, Kazajstán, Moldavia, Mozambique, Rusia, Tíbet o el *holomodor (hambruna)* de Ucrania? ¿Cómo dar explicaciones de un sistema que controlaba a la población

mintiendo sistemáticamente y manipulaba al pueblo fabricando una realidad donde ellos eran felices y afortunados y en el exterior, en el mundo libre, se vivía en condiciones inhumanas?

¿Podría dar explicaciones el socialismo por los maltratos sistemáticos a la mujer, reduciéndola a condición de unidad productiva, asesinando a sus hijos o violándolas masivamente como se hizo contra dos millones de mujeres alemanas después de la Segunda Guerra Mundial o se ha hecho y se practica en los sistemas socialistas africanos?

¿Podría, en fin, dar explicaciones por las inhumanas condiciones reales de salud, vivienda, transporte o educación? Caídos los muros el mundo conoció la realidad de sus hospitales y sistemas médicos, de la calidad de su educación comparada con la del mundo libre, la calidad de sus viviendas y hacinamiento, la verdad de sus condiciones laborales y el desastre de los productos hechos bajo el socialismo.

¿Podría dar explicaciones a una vida sometida a regímenes militares policialescos, represivos hasta dirigir las conciencias y reprimir con presidio o exilio a quienes no se sometiesen a sus dictámenes? ¿Cómo podría dar explicaciones por sistemas tan dictatoriales que la libertad de expresión e información eran inexistentes, se perseguía, reprimía e infamaba a la disidencia y donde los medios de comunicación eran controlados por el Estado socialista?

El socialismo no dio explicaciones. El socialismo no sintió vergüenza. El socialismo sólo tomó aire y arremetió contra quien le pudiese criticar. Apenas cambió el discurso para volverse dictatorial en su modelo único de ver la realidad.

Socialismo recargado

Pero el plan de llevar el socialismo hasta sus últimas consecuencias no había concluido. El fin último es la autogestión, meta consagrada incluso en la Constitución soviética. Una autogestión que lleva al socialismo hasta sus formas más radicales: anarquismo, tribalismo, etc.

¿Cómo llevar los planes de la revolución sin tener que dar explicaciones? ¿Cómo enfrentar a un proletariado que ahora, sin fronteras ni control de la información, abría los ojos a una realidad donde la libertad y el progreso sí eran posibles?

Por un lado, el descaro. Se re-elaboró el discurso revolucionario demonizando una vez más al enemigo, moviendo a la indignación a la población por situaciones que ellos llevaron a cabo a límites masivos y criminales y que jamás pudieron resolver, porque no está en su programa el bienestar sino el genocidio en nombre de la revolución. Se demonizó el consumo, la tecnología, el progreso, la cultura del mundo libre y sus sistemas ideológicos y religiosos. Los intelectuales y creadores de información prepararon toneladas de material de guerra, cantando, escribiendo y declarando sobre esa bestia apocalíptica que es el liberalismo, capitalismo y consumismo. Denunciaron lo que quisieron ver. Sin dar explicaciones, sin cuestionar la página más negra de la historia de la humanidad. Sin criticar la vida, mentalidad, cultura y sistema de grandes extensiones del planeta que aún hoy sufren los designios de la doctrina más perversa conocida por el hombre.

Y así, rasgan vestiduras por África pero no anuncian la causa roja que la provoca. Protestan por condiciones laborales ciertamente mejorables, pero no se escandalizan

por el trabajo esclavo de las naciones socialistas y sus condiciones de vida. Un descaro que nadie les cuestiona. Ellos tienen la “autoridad moral” si es posible aplicar ese término a personas sin ética ni moral.

Por otro, el “proletariado”, los “oprimidos y marginados”, ya no se sumaban a la revolución constante. Masivamente fueron aspirando a mejores condiciones de vida basados en una cultura del trabajo y nuevas aspiraciones.

El socialismo demonizó también ese legítimo sentido del esfuerzo, acusándole de nuevo “opio del pueblo” que adormece las conciencias e impide que se levanten en rebelión para imponer el socialismo en sus países.

Indignaos

¿Cómo revivir un muerto colosal que no tiene esperanzas de vida en tanto vea la luz del sol?

Simplemente elaborando un nuevo discurso, un plan novedoso para el socialismo. Ese nuevo discurso toma causas nuevas que no recuerden su pasado de miseria, esclavitud y vergüenza.

¿Y qué puede ser más aceptable que lo innegable? Un sistema basado en libertades permite, por definición, que tengan lugar los vicios humanos como la codicia, la injusticia y mil puntos más. Es muy fácil, por tanto, encontrar motivos innegables para indignarse. Y a eso se asuma la corrupción globalizada de regímenes socialo-populistas y las herencias de estos a gobiernos enemigos del socialismo.

La revolución no carece de inteligencia, astucia ni intelectualidad. Los nuevos discursos revolucionarios se basan en un lema que nadie, ni el enemigo, pueda negar abiertamente. La revolución se hace así, por primera vez, incontestable. Incontestable porque nadie cuestiona sus crímenes e incuestionable porque lo que levantan como bandera de lucha es lugar común de todos y les indigna.

La corrupción de un gobierno, ¿Quién la defendería? ¿Quién no se indignaría si aparece más y más información metódicamente esparcida a la población a través de redes sociales, medios de comunicación y formadores de opinión? Los abusos financieros, los costos de la educación privada, la cuestión de la vivienda, la inseguridad ciudadana, las mafias organizadas o la corrupción gubernamental son causas incuestionables. Incluso, cómo negarlo, las rebeliones contra regímenes totalitarios en países árabes o bajo el socialismo, como la misma China.

Globalización de la revolución

El mundo arde y se expande la indignación global. Las manifestaciones multitudinarias, organizadas y sincronizadas por las redes sociales, contagian países y suman solidaridades fuera de las fronteras.

El mundo arde y el socialismo, con su revolución reescrita, domina el globo con un control, poder y despotismo que sólo alcanzó en la década de los años '30 bajo Stalin y su influencia mundial.

Hoy no son los proletarios oprimidos quienes componen sus filas. Son jóvenes hiperconectados que sienten que pueden “cambiar el mundo” y “hacer historia”.

Luchan contra causas concretas, llevados de las narices por los revolucionarios profesionales que, al modo del Flautista de Hamelin, saben tocar con maestría la música que les hace salir de sus madrigueras y marchar por los campos y ciudades hipnotizados por el fanatismo de las “pequeñas causas”.

El socialismo al descubierto

La ideología de los “indignados” del mundo, no debe buscarse en el discurso del activista de a pie, que frente a la cámara omnipresente de la prensa repite las consignas del Flautista rojo.

El grito de rebelión dejó de ser *“Proletarios del mundo, ¡uníos!”*. Hoy la revolución proclama a dos voces: *“Indignados del mundo, ¡uníos!”* y *“Maltratados del mundo, ¡uníos!”*.

El “nuevo proletariado” se compone de todos los marginados del sistema: inmigrantes, homosexuales, deudores, estudiantes, jubilados, prisioneros, y quien quiera sea marginado, todos en un mismo saco y para la misma utilidad. Indignar es la consigna.

Como las checas revolucionarias, forman turbas movilizadas y dirigidas por agitadores profesionales y organizados. Lo único que cambia hoy es que ante el descaro deben aparentar moderación en la cabeza y mantener la agitación en la cola.

Para que la jugada sea perfecta, se hace preciso diferenciar en prensa a los violentistas (“no somos nosotros”) y los moderados (“somos nosotros”). Así se descargan de responsabilidad manteniendo su legitimidad, muy políticamente correcta con un discurso radical en las peticiones.

El mismo discurso antipolicial y antimilitarista de los años '20 lo vemos reeditado un siglo después. Esta antigua técnica puede reconocerse en las movilizaciones masivas donde el acento se pondrá en la actuación policial antivandálica y se levantarán rumores sobre el fantasma de una “intervención militar”. Son los mismos mitos con las mismas funciones décadas después de inventadas. Y como entonces, la prensa y los políticos siguieron, siguen y seguirán el juego de manipulación.

Otro elemento que no ha cambiado es el discurso marxista de los Indignados, la revolución recargada. Para el marxismo clásico, la delincuencia es un producto del sistema capitalista, hoy rebautizado como “neoliberalismo”. Para el socialismo la sociedad de consumo margina a muchos y la delincuencia es un producto del “sistema burgués”. Por eso sus simpatías van con los delincuentes y presionan con teorías para exculparles y liberarles tanto como se pueda. En cambio, los “criminales” son los “enemigos del pueblo”, esto es, empresarios, intelectuales, religiosos, uniformados y quienquiera preste alguna oposición a los fines de la revolución.

Finalmente, visto el panorama desde la visión revolucionaria, sólo queda observar el grado de involución de las propuestas: estatización, confiscación, lucha de clases o, como en los países árabes, un giro hacia el fundamentalismo musulmán, refrito de marxismo e Islam al modo de la “teología de la liberación” entre los católicos.

Indignación e indignados

No es de extrañar que la preparación remota de los indignados fuese a través de películas y escándalos de prensa, metódicamente espaciados y popularizados luego por la hiperconectividad de las redes sociales.

Ni es de extrañar que los intelectuales y formadores de opinión se fascinen con los indignados, les promuevan y llamen a sumarse a los movimientos de rebelión global. Ni extraña tampoco que la indignación se dirija contra todos y todo lo que se oponga a sus planes revolucionarios.

Lo que sí es de extrañar es que no se vea y no se quiera ver el triunfo global del comunismo. Un éxito inaudito, masivo y con capacidades inconcebibles de hacer metástasis por todo el planeta, bajo cualquier excusa pero siempre bajo el mismo designio rojo.